

LA VANGUARDIA

DE LOS ORIGINALES, RESPONDEN
SUS AUTORES

REDACCIÓN É IMPRENTA
Reina Regente nº. 17.

Suscripción 0'50 ptas. al mes
Anuncios, precios convencionales.

Estado de opinión

El problema de la autonomía catalana que tiene en jaque al Gobierno y al Parlamento, y amaga dar al traste con uno y con otro, no es simplemente la cristalización de un propósito ha tiempo perseguido por aquella región, nacido a impulso del concepto de superioridad que de sí mismo tiene el pueblo catalán: incubado al calor de concesiones y contemporalizaciones de los gobiernos; alimentado y fomentado por las aspiraciones, ora ambiciosas y concupiscentes, ora soberbias y pretenciosas, del puñado de prohombres que se reparten el comando de las huestes populares del principado; y exacerbado en sus manifestaciones por esa masa societaria exigente y tumultuosa, ávida de motines y asonadas y soñadora de reivindicaciones y represalias. Por lo que hace a Cataluña, eso es lo que ha dado vida a todas esas campañas de nacionalismo y de separatismo rabioso; eso es lo que ha dado vida a ese Estatuto en que se pide, nó, en que se impone la autonomía integral de Cataluña, por la voz de la mayoría, casi absoluta, de los municipios de toda la región; y si esto fuera todo, habría fundamento para llamarlo problema catalán; pero como ese clamor y esa aspiración autonómica tiene repercusión por todos los ámbitos de la península, y es Navarra y Aragón y Vizcaya y Valencia y Castilla y España entera la que acude al gobierno con su alegato y Estatuto correspondiente pidiendo su autonomía, más o menos integral, y reclamando fueros y privilegios propios y reconocimiento oficial del idioma o dialecto de la región; y son ade-

mas los municipios los que, a su vez, reclaman su autonomía local económica, administrativa y aun legislativa; es visto, pues, que el problema cuya solución se impone es de carácter general, producto de un estado de opinión que viene elaborándose de tiempo atrás; que existía latente en todos los cerebros y en todas las conciencias; y que al conjuro de la audaz y arrogante actitud de los catalanes, se ha exteriorizado repentinamente, propagándose cual un reguero de pólvora a la nación entera, como protesta viva contra un estado de cosas intolerable.

Las regiones y los pueblos todos de España, como el enfermo que postrado en el lecho del dolor, lejos de encontrar lenitivo a su mal ve cada día recrudecerse éste, busca alivio a su dolencia mudando de postura y cambiando de régimen clínico, convencido de la ineficacia del plan curativo a que está sometido tanto tiempo.

Acaso España, que es en este caso el enfermo, se equivoque en la adopción de nuevo régimen curativo; pero siempre tendrá lugar de variarlo o reformarlo; de lo que no puede dudar, de lo que esta convencido hasta la saciedad por larga y dolorosa experimentación es de la ineficacia completa, mas aun, de lo perjudicial y agravatorio del método seguido hasta el día. ¿Qué mucho que anhele sustituirlo por otro?

Ademas, que el enfermo sabe donde le duele y conoce la medicina contra su mal; y por eso, contra la terrible afección de *centralismo crónico* que viene minando su existencia, busca el medicamento eficaz y salvador de la *autonomía* y la *descentralización*, que tan buenos resultados ve que produce en clínicas extranjeras, y que aquí

mismo han preconizado tantos eminentes doctores de la clínica política, desde Pi y Margall a Maura bien que con distintos fórmulas y preparados diferentes; pero todos a base del mismo principio autonomista y descentralizador.

El gobierno, que es el médico de cabecera, tendrá que contemporalizar, como tantos otros, con los deseos del enfermo; de lo contrario éste le despedirá y llamará otro galeno que le dé la fórmula apetecida.

SECCION LITERARIA

Los grandes educadores

Fenelón

Ningún pedagogo rememora de modo tan perfecto el gusto de la antigüedad como el esclarecido abate Saignac de la Mothe. Parece por su etopeya singular, encarnación viva del clasicismo ateniense y del espiritualismo romano. No se encuentra en la historia de la educación un tipo tan acabado de modalidad y gracia insinuante. Con la fuerza arrolladora de su genio sorprendente visita el Agora, el Acrópolis, el Pireo, el templo de Delfos, el Senado romano; conversa con Homero, con Lucrecio, con Horacio, con Virgilio; contempla la Areópolis de Atenas; pasea con Platón por los jardines de Academio y aspira las bellezas e idealismos todos de aquel mundo mágico de ensueño y de poesía, incubado en las entrañas purísimas de la inmortal y siempre gloriosa Grecia.

Es hijo espiritual de la Atica, envuelto en los dones y resplandores de la sabiduría clásica. Como un juglar recita versos elevados de eterna hermosura; como un rapsoda, canta a los dioses fábulas incomparables y bellísimas; como un profeta, señala con dedos de oro los horizontes luminosos del porvenir; como un dios hecho carne, lee en los ojos de Clío el profundo misterio de los siglos. Es graude, sutil, tierno y delicado. Menos tumultuoso que Rousseau, más sensible que Bossnet, es la esposa ideal del obispo de Meaux en el matrimonio divino de la pedagogía: el verbo inspirado y abrasador del catolicismo humanista: el cantor sublime de las puras, hermosas y nobles hazañas del espíritu del progreso.

Viene Fenelón a la vida entro los vestigios de un mundo que se derrumba y los fulgores de otro que se levanta. Viste la toga de sacerdote y se dispone a difundir el socialismo cristiano que, con el precio de su sangre, sublimó el divino Nazareno. Estudia Fenelón sin tregua ni descanso, mostrando en sus primeros años un lirismo poético, producto de su fecunda fantasía, y poco a poco va tomando los caracteres de un pensador profundo, hasta convertirse en uno de los puntos más brillantes que han lucido su luz en el piétago infinito de los siglos.

Fenelón es inconfundible en el campo de la educación. Puede decirse que creó escuela e influyó poderosamente en los progresos de su época. Al sentimiento religioso que abrigaba en su seno, agrega un alma de legislador, y lo mismo penetra en las más intrincadas cuestiones de teología que se muestra maestro experimentado en la ciencia política. El tratado *Educación de las jóvenes* compuesto a instancias de la duquesa de Beauvilliers, en pleno vigor y lozanía de su fresco nimen, puede considerarse, no obstante carecer de unidad, como una de las más hermosas obras de pedagogía clásica. Los trece capítulos de que consta son trece broches de oro engarzados en la más fina pedrería. En todos y en cada uno de ellos, Fenelón se muestra educador, en la acepción más alta y noble de la frase. No es su cultura, ni la variedad en el colorido de la expresión, ni la riqueza en la palabra elegante y correcta, ni la brillantez de estilo lo que más distingue y avalora su obra, no. Fenelón era ante todo educador, y en su alma llevaba aquella flexibilidad y donosura, aquella *gracia* dulce y atrayente de que habla Zulueta, que constituyen la verdadera idiosincrasia del hombre providencial encargado de la formación de la niñez. De aquí sus éxitos enormes en la educación del duque de Borgoña y los triunfos alcanzados sobre su ilustre compatriota Bossuet. Ha sido Fenelón el pedagogo de las *instrucciones indirectas*, y al decir de Saint-Simón, la mano más hábil que hubo nunca. Ciertamente, ningún pedagogo ha tenido la agudeza de espíritu, la refinada psicología, el tacto delicado del inmortal autor de *Diálogos de los muertos*. Por esta y otras razones, Fenelón ocupa lugar preeminente en el libro de oro de la pedagogía.

«No demos prisas al niño; sirvamos y ayudemos a la Naturaleza». He aquí todo un sistema de educación. El mérito grande de Fenelón estriba, según aconseja Montaigne, en «descender con los impulsos infantiles del discípulo». Fenelón supo hacerlo con bondad, con dulzura, con arte exquisito, con las sutilezas y habilidades de su espíritu perspicaz. Así pudo formar del enfermizo hijo de Luis XIV un verdadero modelo de ciudadanía.

(Continuará)

Luis CARRASCO GÓMEZ.

¿Donde está el patriotismo?

Hay que reconocerlo con verdadera amargura, triste es decirlo, pero es que cada día que transcurre y cada momento que pasa, acude a nuestra memoria aquella célebre frase que pronunció un ilustre hombre público al asegurar que España «era un presidio suelto».

Que sentimos hablar así, no tenemos por qué ocultarlo, precisamente por lo mismo que nos consideramos orgullosos de que circula por nuestras venas sangre española; por lo mismo que nos gloriamos de pertenecer a una Nación noble y valiente, que sintetiza las tradiciones de nuestros padres y donde se conservan nuestros santos amores.